

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRÁFICA

A. VIVES



CALABAZAS

POR
CHARLES RAY

N.º 78

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

*Redacción y Administración:
Diputación, 292, - Barcelona*

Año II

N.º 78

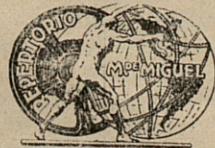
¡Calabazas!

*Deliciosa comedia, interpretada por el simpático
y popular artista*

CHARLES RAY

✓

Exclusiva de



*Repertorio M. DE MIGUEL
(La Aristocracia del film)*

Consejo de Ciento, 292, Barcelona

¡ CALABAZAS !

Argumento de la película

Diríamos que los personajes de nuestra fábula se movían en el ambiente apacible de un pueblecito risueño y tranquilo, pero en Villaflores no se movía nadie...

Desde la primera autoridad del lugar hasta el último mono conjugaban el verbo dormir, y dormían de mañana a mañana.

El *sheriff* tenía una perspicacia enorme para augurar todas las cosas... después de ocurridas, y era en él invariable costumbre la frase de “¡Yo no me equivoco nunca!”

Otro significado villaclareño, el Presidente activo del Banco de la localidad, dormía a pesar de su “actividad”, el día en que comienza nuestra narración, en el pescante de su coche de recreo.

Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

De súbito oyóse el trepidar de un motor automóvil, y dijo el *sheriff* al pueblerino que tenía a su lado:

—Esos que llegan en ese carro del demonio son los nuevos inquilinos de “Villa Jazmín”... La joven se llama Mary Ricks y el viejo es su abuelo... Ese cascarrabias tiene algo que ver con la fábrica de conservas “Belmonte”... ¡y yo nunca me equivoco!

Un buen muchacho, Charles Ray, estaba distraído en mitad del camino, y asustóse sobremanera al tener el *auto* a poca distancia avisándole con la bocina para que se apartase.

Charles lo hizo rápidamente; pero si bien los ocupantes del coche le disculparon su azoramiento, el *sheriff* no pudo menos de criticarle delante de algunos conocidos:

—¡Siempre he dicho que ese Charles, el hijo de los Ray, es un idiota...!

Simultáneamente, el caballo del cochecito del Presidente activo del Banco se asustó, emprendiendo al momento desenfrenada carrera, sin rumbo.

La gente que presenció el encabritamiento del cuadrúpedo gritaba presa de terror, presagiando que el coche se despeñaría por el monte, con riesgo de muerte para su dueño.

El único que, reaccionando, intentó la dominación del caballo, fué Charles, que lo consiguió tras sublime carrera y no pocos sacrificios.

La acción del muchacho mereció unánimes alabanzas, y el *sheriff* tuvo que retractarse en

sus anteriores manifestaciones respecto a él... ¡a pesar de que no se equivocaba nunca!

En cuanto al Presidente activo del Banco, que a pesar de haberse despertado bruscamente al desbocarse su caballo, no pudo dominarle, para demostrar su agradecimiento a su salvador le entregó una moneda de un dólar.

—Toma, Charles, y te prometo que jamás olvidaré que acabas de salvarme la vida.

El héroe protestaba de merecer ninguna recompensa, pero hubo de aceptar por fuerza el dinero, que para él representaba algo así como una fortuna.

Al regresar a su casa, lo cual efectuó con mayor alegría que nunca, dijo a su madre, en quien adoraba:

—¡Ves esto, mamá? ¡Pues es mío! ¡Me lo acabo de ganar!

Le mostraba radiante de satisfacción la moneda, y añadió:

—¡Se me ha ocurrido una idea!

Este era su flaco, las ideas.

—¿Qué idea, hijo? — preguntóle la anciana de dulce voz y corazón de oro.

—Voy a seguir un curso de ingeniería por correspondencia!

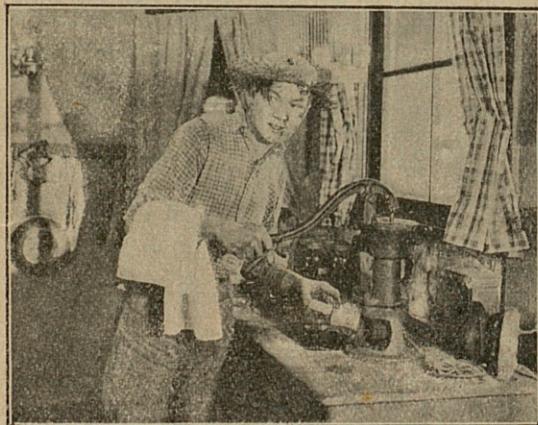
—Siempre con la manía de los estudios... Eres constante en tus aficiones...

—Cada loco con su tema, madrecita, aunque a padre le disguste mi sed de aprender...

Luego Charles se lavó, en la cocina, el rostro pringado de grasa del coche del banquero, y entretanto su madre leía el periódico de la

localidad en que había sido publicado, sin ella saberlo, un verso de su hijo.

Al enterarse de ello, devorándolo con los ojos, no encontraba palabras para elogiar los



Luego Charles se lavó el rostro pringado de grasa del coche del banquero.

méritos que, a su modesto juicio, reunía la composición.

—Pero ¿tú has escrito todo esto?

—Sí, madre, yo... todo... ¿Qué tal?

—Yo no había leído nunca versos, y los tuyos me parecen preciosos!

—Claro... Hablando de los montes que nos rodean, de los corderos que nos acompañan y del perfume de nuestros campos, por malos que fuesen te habían de gustar...

—Más que por todo eso, me gustan porque son tuyos, Charles.

Volvamos a hablar de los forasteros recién llegados al pueblo.

Jeremías Ricks, el abuelo de Mary, era, en efecto, el socio comanditario de las Conserverías "Belmonte", una vasta empresa de un pueblo cercano, que hasta hacía pocos meses había venido absorbiendo la única producción agrícola de la comarca: las calabazas.

La casa que se habían hecho construir en Villaflor encantó a Mary.

Al poco de llegar recibieron la visita de Tom Perkins, el nuevo director de las Fábricas de Conservas "Belmonte", un joven que tenía la presunción de ser el número uno en las finanzas y mucho más que el legendario Don Juan en lides femeninas.

La entrevista que el nuevo director y el comanditario de las Conserverías tuvieron, trató de asuntos de gran importancia. Veámoslo.

—¡Vamos a revolucionar el mercado, señor Ricks! Tiene usted que hacer creer a estos patelos que las calabazas sólo sirven para cebar a los cerdos...

—¿Con qué fin?...

—¿No lo comprende usted? Si nuestra casa ha dejado de comprar durante tanto tiempo,

no ha sido más que con el objeto de hacer bajar el precio...

—Es una buena idea...

—¡Que si lo es...! No compre usted sin mi orden expresa. Hay que esperar a que se mueran prácticamente de hambre.

—Está bien. No haré nada sin ponernos antes de mutuo acuerdo.

—Eso es.

Mientras hablaba, Perkins miraba sin cesar a Mary, de la que estaba enamorado; y aprovechando la ocasión de partir amigablemente con el abuelo, prosiguió, sin que ella le oyese:

—Y ¿qué le parecería si todo quedara en la familia? Yo me caso con su nieta, y...

El señor Ricks, machacando un puro, no pareció sorprenderse mucho, porque, al fin y al cabo, Mary era joven, bonita y simpática, y Perkins también era joven... Sin embargo, respondió lacónicamente, que ya hablarían de ello si él llegase a enamorar a su nieta.

En su granja, Charles, con su madre, se complacía en admirar las bellezas de la naturaleza, aunque a través de su bondad por todo lo que era su pueblo, su campo, su ambiente, contemplase en la lejanía de su espíritu la realización de sus dormidas ilusiones, que de vez en cuando se desperezaban a fuerza de buena voluntad y a pesar de terminantes prohibiciones...

—¡Qué hermosa es la vida, madre! — exclamó.

La anciana recogió el dejo de melancolía

que había en las palabras de su hijo, y le repuso cariñosamente:

—¡Eres muy bueno, Charles! Cualquier otro renegaría de ella y yo misma siento remordimientos por no poder hacer gran cosa por tu bienestar.

—¿Por qué me habla usted así, madre? Yo soy feliz aquí, con ustedes, y no deseo más que su bienestar.

—Debíamos haberte mandado a la Universidad, cuando tú querías... Y hubieras llegado a ser un hombre de provecho, ¡estoy segura!

—No quiero que te aflijas por mí. El éxito y la fortuna sólo dependen de una idea feliz, Y para tener esa inspiración, no hay que ir a la Universidad... Miles y miles de dólares pasan constantemente por nuestras mismas narices... ¡Lo que nos falta es la idea para pescarlos! La culpa de que seamos pobres, no es tuya, madre. ¡Es mía! ¡Solamente mía!... Porque no se me ocurre esa idea salvadora.

Cerca de la casa, Jaime Ray, el padre de Charles, se apeaba de un automóvil y decíale el que lo conducía:

—¿Qué? ¡Echamos otro trago?

Acompañaba sus palabras con el gesto de ofrecerle la botella de licor que llevaba oculta en el bolsillo-revólvera de su pantalón.

El señor Ray aceptó, y cuando se disponía a separarse de su amigo, éste le dijo aún:

—Vale la pena de que lo pienses. Sobre todo, desde que no se vende una calabaza, tus negocios no deben andar muy bien... Ven a

vernos. Ya se sabe que es una cosa al margen de la ley, pero no tiene pérdida.

El señor Ray movió gravemente la cabeza, y contestó:

—Ya veremos... ya veremos...

*

**

Charles, al apartarse de su madre, se dirigió, mientras ella regresaba a la casa, a una dependencia destinada a los útiles del trabajo en el campo, entre otras cosas.

Allí tenía él un aparato de su invención, para sofocar incendios, que de todo tenía apariencia excepto de bomba de agua.

Era un secreto para todos ese invento, cuya prueba definitiva no había efectuado todavía, pero la cual iba a hacer sin más dilación, pues se quemaba ya en la hoguera de la impaciencia por conocer los resultados...

Mientras Charles preparaba el rústico aparato, el señor Ray, en la casa, se enteraba por su esposa de que su hijo escribía versos para el periódico rural; y en vez de participar de su legítima alegría, se indignó como un energúmeno, obcecado como estaba en no permitir

tir a Charles que se dedicara a otras labores que a las de su condición de campesino.

La buena anciana trató de oponerse a que el severo esposo fuese a llamar al orden a Charles, pues sabía que para que éste le obedeciera aquél empleaba el salvaje medio de dolorosos correazos; pero el señor Ray no renunció a su idea de quitar las suyas a su hijo.

En aquel momento Charles hacía funcionar su aparato, al que había colocado una manga de riego; y quiso el azar que ésta, al arrojar violentamente, con gran éxito para el inventor, el agua contenida en el depósito de la bomba, representado por un tonel, el chorro derribase al suelo al señor Ray, que quedó calado hasta los huesos, pues Charles no pudo cerrar el grifo tan rápidamente como hubiese querido, a causa de su turbación al ver el primer desastre de su magna idea.

Lo que pasó, un poco después, en la casa, entre padre e hijo, es fácil de suponer. Hubo sermón por todo lo alto, esquivando el muchacho recios golpes, los cuales no fueron repetidos después de haberse secado el remojado padre, ya que en la espera encontró reposo su excitación.

Llegó el domingo. Los tres Ray fueron a la iglesia.

Los bancos del templo eran de cuatro asientos. Quedaba, en el de los Ray, una plaza libre, que vino a ocupar Mary.

Charles no se había dado cuenta del regalo que acababa de hacerle el destino, y al volver

la cabeza casualmente hacia su vecina, quedó deslumbrado por su belleza. ¡Caramba! ¡Qué cosa tan linda!

También debió sorprenderse gratamente Mary al ver a Charles, pues le miró más de una vez, como él, a hurtadillas.

Al hacer la cuestación acostumbrada el Diácono, Mary donó una moneda de un dólar.

Charles iba a desprenderse de diez céntimos a lo sumo, pero al ver en los dedos de la hermosa joven la rutilante moneda, no quiso hacer un mal papel y sacrificó, para llamar la atención de la vecinita, el dólar que le regalara el Presidente activo del Banco local.

Al caer en la bandeja el disco, los padres de Charles se volvieron rápidamente a mirar a su hijo, asombrados de su prodigalidad y reservándose pedirle explicaciones en casa.

El Diácono, dudando de la realidad, preguntó a Charles:

—¿Quieres cambio?

A lo que nuestro héroe, con un gesto de desdén, respondió, apartando al buen hombre:

—En la iglesia no se cambia nunca...

Mary comprendió por qué su vecino había querido imitarla en su acción caritativa, y como el que da todo lo que tiene tan solo porque una mujer se fije en él, con la mejor intención del mundo, proporciona a la misma mujer una prueba indiscutible de agrado, sintióse halagada en su fuero interno...

A la hora de las Salves, Charles cedió su libro a su vecina, y ésta, ofreciéndole la mi-

tad de los derechos a leer en dicho libro las palabras del canto, le ayudó a contemplarla de más cerca, y sus miradas se cruzaron varias veces, simpatizando en grado sumo, tanto, que cuando todos se habían sentado ya, terminada la oración, ellos seguían en pie fundiendo sus imágenes en sus ojos.

Ni qué decir tiene que al advertir su mutua distracción se apresuraron a sentarse, riéndose por lo bajo; y Charles, que no podía apagar sus carcajadas, hijas de su rubor y timidez, salió de la iglesia, para reirse en el campo a sus anchas.

Al día siguiente, el señor Ray cargó el carro de su propiedad de calabazas, y dijo a Charles:

—Vete a venderlas, y no vuelvas hasta que las hayas vendido todas.

Charles partió dispuesto a cumplir fielmente el encargo paterno, pero anduvo por todo el pueblo, casa por casa, ofreciendo inútilmente su rolliza mercancía.

De improviso no pudo evitar un encuentro con Mary. ¡Como el día antes, por ser fiesta, iba tan "elegantemente" vestido, no quería que le viese en día de labor, con su ingenuo sombrero de paja, sus pantalones sin raya y su canasta a cuadros!

Pero Mary pareció alegrarse de volverle a ver; y Charles, a fin de demostrar a la encantadora señorita, que tenía otras habilidades más elevadas, al parecer, que las del campo, le preguntó si le gustaban los versos, dándole

a leer los publicados en el periódico del lugar.

Ella se rió al principio, pero al decirle Charles que eran suyos, cambió la risa por frases y miradas de complacencia.

Después, como a Charles le parecía imposible poder separarse en seguida de Mary, que aceptaba encantada su compañía, confeccionó con una caña una flauta y arrancó sonoridades del hueco perforado repetidamente en su parte superior.

—Veo que es usted músico también.

—¡Oh! Esto no es nada... Con dos o tres horas diarias de práctica, en poco tiempo toca usted lo que quiera.

—A ver! ¿Quiere que pruebe?

Sin escrupulo ninguno, con esa confianza que sólo se inspiran los seres que se comprenden y se complementan, la flauta pasó de los labios de Charles a los de Mary, y de los de ésta a los de aquél.

Perkins, que buscaba a Mary, para observarla con una caja de bombones de chocolate, la sorprendió en tierno idilio con Charles, y lleno de coraje tiró al suelo dicha caja, desparramándose su contenido por el polvo y las piedras.

Además, Perkins fué a avisar al señor Ricks, llevándolo cerca de los dos jóvenes que se hacían el amor sin decírselo.

—¿Quién ese ese muchacho que está con su nieta? ¡Mírelo bien, señor Ricks! ¡No es lo mismo ser la mujer de Tom Perkins, direc-

tor de las Conserverías "Belmonte", que de un destripaterrones de Villaflores!

El señor Ricks observó a Charles, y repuso:

—Lo único que sé de él es que se llama Charles Ray y que es el Jefe del Cuerpo de Bomberos Voluntarios.

En un instante Perkins ideó un plan para estorbar a Charles cada vez que le viese en coloquio amoroso con Mary. En seguida pondría en práctica su idea.

Desapareció de allí. Mary decía, en tanto, a Charles:

—Voy a dar una fiesta para inaugurar nuestra nueva casa y me gustaría invitar a alguien más... a usted...

—¿A mí?

—¿Irá?

Oyóse un furioso redoblar de campana. Perkins, en el garage del Cuerpo de Bomberos, daba la señal de alarma, ocultándose apenas acudió alguien.

Como Jefe de los Bomberos, Charles se separó bruscamente de Mary, para ponerse al frente de sus subalternos, pero como nadie había tocado la campana, hubo de indicar con tiza en la pizarra, colocada a la puerta del cuartel:

FALSA ALARMA.

Charles estuvo un buen rato preguntándose quién podía haber sido el que tocó la campana, cuando recordó que había dejado abandonado su carro y sus calabazas.

Corrió a recuperar ambas cosas donde las dejara olvidadas, pero se encontró con que todo había desaparecido. ¿Cómo iba a presentarse delante de su padre sin el carro, el caballo y la mercancía?

Pero quiso la fortuna que el caballo, para evitarle un disgusto, hubiese regresado por sí solo a la granja. Si se marchó de donde él lo dejara, fué por seguir un carro de alfalfa que pasó junto a sus narices, que se dilataron de gusto...

En tanto, Perkins, que había recogido del suelo los bombones, se los ofrecía a Mary con piedras y polvo...

La señora Ray salió con su marido a ver la suerte que había tenido su hijo, disgustándose ambos al enterarse de su fracaso, y el padre, comprendiendo que Charles no podía vender calabazas si nadie quería comprarlas desde hacía algún tiempo, murmuró:

—¡No hay más remedio! ¡Me expongo a ir a la cárcel, pero me veré obligado a ello! ¡Maldita miseria!

—¿Qué dices, Jaime? — le preguntó su esposa.

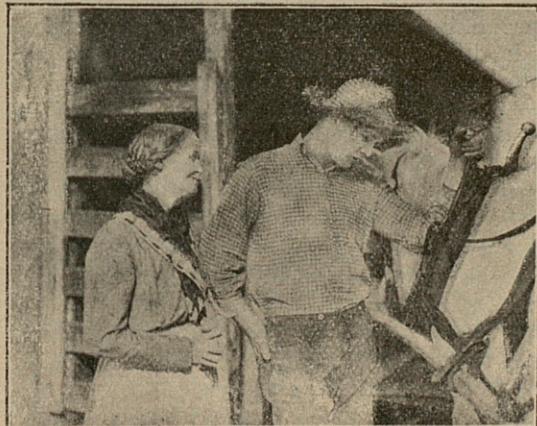
—Sólo hay un medio de sacar dinero... y mucho. ¡Es una cosa ilegal, pero es negocio seguro! — continuó el señor Ray, para sí, decidido, pero apesadumbrado.

—No hay mal que cien años dure, Jaime... — dijo la mujer, sin comprender nada.

—Pero nosotros no viviremos cien años, y hemos de comer entretanto...

Charles, apoyado en su caballo, meditaba. Acercósele su madre, que quedó a solas con él.

—Tu padre tiene razón en quejarse, hijo



—¡Qué bueno eres, Charles! ¡Y eso es lo único que importa en este mundo: ser bueno!

mío... Las cosas están muy mal, pero con buena voluntad todo se arregla...

—No te preocupes, madre. Ya se me ocurrirá alguna idea. Hemos de saber luchar contra la adversidad.

—¡Qué bueno eres, Charles! ¡Y eso es lo único que importa en este mundo: ser bueno!

En "Villa Jazmín", poco después, Perkins se entrevistaba de nuevo, para asuntos de negocio, con el señor Ricks.

—¿No le parece que ya es hora de comprar? Esta gente está con la soga al cuello... — le dijo el viejo comanditario al joven director.

—No... — respondió él éste—. Todavía no han bajado bastante los precios. Hay que apretar... Hay que apretar...;

—Bueno, pues; seguiremos apretando, a ver quién se ahoga antes.

**

Después de algunas semanas en que el idilio de Mary y Charles se había visto constantemente interrumpido por misteriosos toques de campana, llegó por fin la noche de la fiesta organizada por aquélla, y con tal ocasión una nueva esperanza para Charles.

El tímido enamorado titubeaba en presentarse en la casa, pero en la alfombra de flores que había en la entrada leyó estas letras: *Bienvenido*; y ya no vaciló más.

El salón, esplendentemente iluminado, cobijaba a numerosos invitados.

Cuando Charles entró, Perkins, para dar animación a la fiesta, propuso a Mary ejecutar juntos un baile, titulado "El Fauno y la Fauna", y como quiera que ésta aceptó, sólo por complacer a sus amistades, aquél tuvo que pasar por la violencia de presenciar a su rival estrechando contra su pecho a su amada, y por milagro se contuvo, al final de la danza, al verle besar por sorpresa, y en los labios, a Mary, que se ruborizó, sin llegar a enfadarse, al menos ostensiblemente... aceptando este final... sólo como final de comedia.

La Fauna, o sea, Mary, quedó en tierra varios segundos, interpretando la farsa, aparentando estar muerta, y Perkins, viendo a Charles, se apoderó liberalmente de las flores con que aquél contaba obsequiar a Mary, y las dispersó sobre el cuerpo de ésta, ante el general regocijo.

Creyendo que se burlaban de él, Charles salió de la casa; pero Mary, enterada de todo, salió en su persecución, encontrándole en el jardín, muy disgustado.

Sentáronse en una mecedora. Mary habló la primera.

—Charles... Siento el incidente de las flores...

—No... No es por las flores...

—Entonces, ¿por qué es?...

—Bien lo sabes...

—No... No lo sé.

—Es por... por el beso que le diste.

—¡Yo, no! Fué él el que me lo dió... sin ninguna intención.

—¡Ah!... Pues... pues yo sí...

—Sí, qué?

—Que si yo te hubiera besado... sí lo habría hecho con intención.

—Ya lo sé... Por eso nunca te he dejado...

—Es que...

Mary acercaba su rostro al de Charles, en cuyo hombro, para desconcierto del tímido, descansaba una de sus suaves manos...

Pero oyóse la campana del cuartel de bomberos, y Charles hubo de acudir prestamente a su puesto... inútilmente como otras veces, porque esa llamada había sido obra también de los celos e instinto de venganza de Perkins.

Al día siguiente, Charles, estimulada su timidez por las pruebas de confianza que le daba Mary, decidióse a ir a visitarla en su casa.

Perkins encargóse de avisar al abuelo, y éste, para desembarazarse del infeliz pretendiente de Mary, le recibió con cajas destempladas:

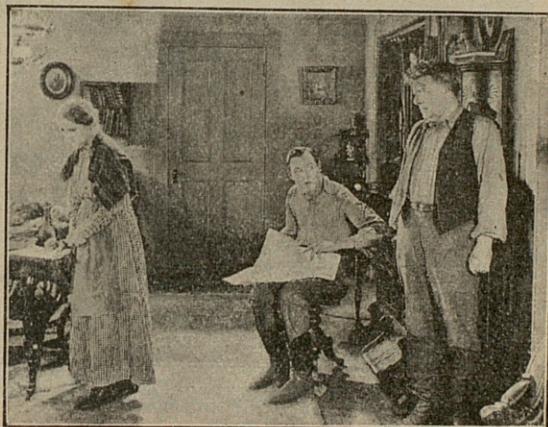
—¡Mary no está en casa! ¡Y no estará nunca para usted! ¿Está bastante claro?

Charles hubo de conformarse con su fracaso, y regresó a su casa, descorazonado.

Su madre le puso en antecedentes, llorando amargamente, de una horrible desgracia: ¡su padre se había afiliado a una banda de contrabandistas de licores! En el sótano de la casita había una caja llena de botellas de whiskey!

Pero lo más horrible era que la justicia se había enterado de ello, pues el *sheriff* y otro individuo, de la policía federal, rondaban la casa.

En efecto, el sabihondo *sheriff* aseguraba



Cuando llegó el señor Ray, Charles no pudo, tampoco, disimular ciertos temores...

que Jaime Ray tenía que acabar con los huesos en la cárcel, por contrabandista, y se preparaban para hacer un registro en la casa. Por fortuna, el policía federal decidió practicar dicha diligencia más tarde.

Ante el peligro que representaba para su padre la tenencia de bebidas alcohólicas, Charles, no deteniéndose a reflexionar, hizo desapa-



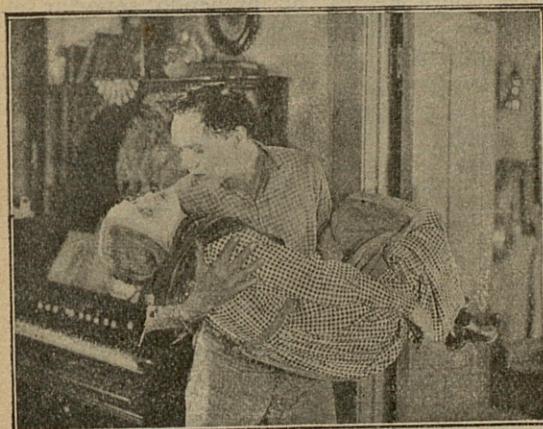
La madre, espantada, quiso interponerse...

recer, destrozando las botellas y vaciando el líquido, la caja entera.

La señora Ray esperaba temblorosamente el regreso de su esposo, para ver lo que hacía éste al enterarse de lo que había hecho Charles por su bien.

Cuando llegó el señor Ray, Charles no pudo, tampoco, disimular ciertos temores, y al punto

de desaparecer aquél hacia el sótano, le miró insistentemente, así como su madre, mas ésta apartó al momento su vista al chocar con la de su marido, quien, a su vez, la contempló unos instantes con aire de piedad...



Luego Charles apoderóse del cuerpo de su querida anciana...

Desaparecido que fué el señor Ray, pasaron breves minutos, que les parecieron siglos a Charles y a su madre.

De pronto regresó al comedor el padre, blandiendo, iracundo, una correa, para castigar a su

hijo por haberse metido en lo que no le importaba, fuese o no fuese legal lo que él hacía.

La madre, espantada, quiso interponerse; pero el señor Ray, apartándola, hirió en el rostro, en el cuerpo... y en el alma, a Charles, con la correa impía.

La pobre madre, no pudiendo soportar el dolor que se infligía a su hijo, salió de nuevo en su defensa; pero, por segunda vez, el padre feroz la apartó, con tal brusquedad, que la mujer cayó pesadamente al suelo.

Aquello era demasiado para Charles. Que su padre le pegase a él tanto como quisiera, podía tolerarse. ¡Pero que pegara a su madre, eso nunca, por padre que fuese! Y cegado por la brutalidad cometida con la mujer, con la diosa que le dió la vida, detuvo el brazo del salvaje, y lo tumbó al suelo de un puñetazo terrible y fiero.

Luego Charles apoderóse del cuerpo de su querida anciana, y depositólo con infinita ternura sobre el lecho, para que se recobrase.

*

**

Después de aquella escena, y en vista de que en el pueblo no había medio de vida para él, puesto que lo que habían dado en llamar "la

crisis de las calabazas" constituía la ruina de su hogar, Charles decidió marcharse, y fué a despedirse de Mary, su dulce amiga, después de haberlo hecho, nublados sus ojos, su corazón y su alma, de su adorada madre.



—Te esperaré, Charles. Y seré siempre la misma para ti...

La encontró junto a la verja de su casita.

—Si me marchara del pueblo... ¿me escribirías todas las semanas? — le preguntó.

—Sí... — prometió Mary.

—¿Me escribirías todos los días?

—Sí, Charles...

—Pues bien, Mary... me voy del pueblo...

—¿Te vas? Pero, ¿es de veras?...

—Sí, me voy... para... hacer algo de provecho.

—¡Oh, Charles...!

—¿Me esperarás?

Mary se esforzó para contestarle. ¡Qué dolor tan intenso sentía en aquel momento!

—Te esperaré, Charles — replicó sinceramente. Y será siempre la misma para ti... lo mismo si triunfas que si fracasas.

**

Perkins había dado orden al señor Ricks de empezar a comprar calabazas a precios reventados, pero habiéndose enterado repentinamente de que hacia el Norte había habido una helada como no se recordaba otra, como consecuencia de lo cual empezaban a subir los precios de dicha mercancía de un modo alarman te, le apremió para que comprase sin pérdida de momento toda la producción de Villaflores antes de que los campesinos se enterasen de aquella gran noticia.

Pero Charles también tuvo conocimiento de

ello, y volviendo sobre sus pasos, fué a comunicar a su madre, que había dado ya con la gran idea que había de salvarlos a todos de la ruina.

El señor Ray, resentido todavía con su hijo, le indicó que volviese a marcharse de su casa, para no volver más.

Charles iba a obedecer, cuando personáronse en el hogar el *sheriff* y el policía federal, para proceder al registro del sótano, seguros de encontrar en él la mercancía de contrabando de la que Charles, oportunamente, hizo desaparecer todo vestigio.

El policía federal, acompañado por la señora Ray, practicó el registro, mientras el *sheriff* que no se equivocaba nunca, amenazaba al esposo con su revólver, temiendo que se le escapase de las manos.

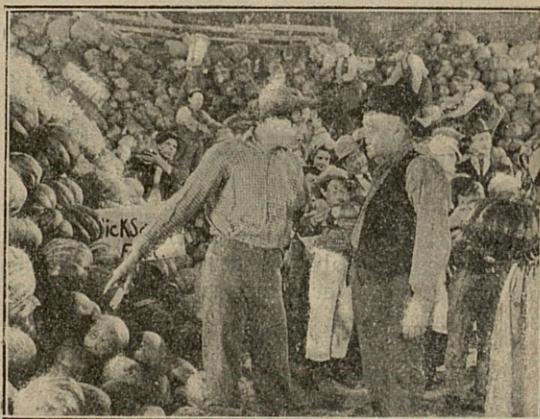
A poco regresó el policía, comunicando que no había encontrado nada en la casa, apresurándose entonces el *sheriff* a asegurar que él no se había equivocado creyendo inocente a Jaime Ray.

Charles y su madre se miraron unos momentos al dejarlos solos los agentes de la autoridad, y sus miradas coincidían de vez en cuando en el padre, cuya vista, pegada al suelo, tenía el velo del arrepentimiento.

Lentamente, el señor Ray avanzó hacia su hijo, y al llegar junto a él, le tendió los brazos, perdonándole y suplicándole su perdón. ¡El le había salvado de la cárcel!

Charles expuso a su padre la idea que se

le había ocurrido para hacer un gran negocio por su cuenta, y juntos, con la ayuda del Presidente del Banco local, que, como se recordará, le debía la vida al primero, la llevaron a efecto.



Compró Charles todas las calabazas que había en el pueblo...

Compró Charles todas las calabazas que había en el pueblo y sus contornos, garantizando a los vendedores el pago tres días después de efectuada la venta, bajo palabra del Banco local.

Perkins, en vista de ello, consiguió propa-

lar entre el vecindario la especie de que Charles no podría cumplir su palabra, porque nadie le compraría las calabazas a los precios que él las pagaba, y le tildó de estafador.

La muchedumbre, impresionable y estulta, creyó las palabras de Perkins, y como ocurrió que el Banco local no tenía bastante dinero para pagar todas las calabazas adquiridas, Charles se vió en apurado trance.

Mary, enterada de la amotinación del pueblo contra Charles, rogó a su abuelo que hiciese algo por él.

Pero Perkins cogió por su cuenta a Mary, y como ésta le amenazó con ir a decirle al pueblo que él era la causa de todo, pues había esperado hasta el último momento para ahogarlos a todos, la encerró en un cuarto.

Por una distracción, el señor Ricks dejó caer un cigarro encendido encima de una caja de cerillas desparramadas por la alfombra, al ir a ver qué le sucedía a su hija, que daba fuertes golpes en la puerta de su habitación, donde estaba encerrada, y se declaró fuego en la casa.

El señor Ricks pudo telefonear para que diesen la señal de alarma, y aunque los exaltados vendedores de calabazas creyeron que esa era una estratagema de Charles para escapar a su venganza, el noble joven pudo acudir al cuartel, y en la pizarra escribió la verdad: *Fuego en la casa del señor Ricks.*

Todos se precipitaron al lugar del incendio. Mary seguía en la casa, con su padre, que

había conseguido abrir su habitación, imposibilitados uno y otro de adelantar entre las llamas.

Perkins, arrepentido del encierro de Mary, enteró a Charles del peligro que ella corría.

Y Charles se portó como un héroe de los tiempos caballerescos. Desafió el voraz elemento y le venció, logrando, entre entusiastas aclamaciones, salvar por sí solo a Mary y su padre.

Además, su aparato de incendios funcionó, supliendo la bomba la primitiva cadena de cubos de agua que hacía casi imposible la extinción del siniestro.

Los cubos de agua iban siendo vaciados en el tonel de la bomba, y la manga de riego vomitaba, ante la general admiración, un chorro potente de líquido que se oponía brillantemente al avance de las llamas.

Perkins no se daba aún por vencido, pero el señor Ricks, maravillado de Charles, por bravo, noble y honrado, se prestó a ayudarle, suprimiendo la intervención de aquél en la compra de las calabazas, adquiriendo a buen precio las compradas por Charles, permitiéndole así hacer un buen negocio en beneficio propio y del pueblo entero.

*
**

Unos días después, Villaflorés nombraba hijo predilecto a Charles, obsequiándole con una gran fiesta.

Sus padres sonreían, y Mary... esperaba a Charles en el bosque.

Aclamado por la muchedumbre, Charles se vió obligado a pronunciar un discurso; pero como sólo tenía una palabra en la boca, que repetía sin cesar para que, llegado el momento, no se le olvidase, huyó hacia el bosque, y al encontrar en él a Mary, soltó vehementemente dicha palabra.

—¡Cielo!

Y la besó.

Y dijo:

—¡Este beso fué con toda intención!

Y Mary, sonriente, encantadora, contestóle:

—¡Ya lo he notado! ¡Y ahora me toca a mí!

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
WALLACE BEERY

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela de aventuras

Un Mozo de Temple

Creación del gran artista FRED THOMSON

Postal-obsequio: NORMA SHEARER

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes: Precio: 30 cts.

Coleccione usted los sugestivos libros de la

BIBLIOTECA *Las Grandes Filmas* de

La Novela Semanal Cinematográfica

Títulos de los libros últimamente publicados:

El difunto Mattas Pascal

La marca de fuego

Los Hijos de Nadie

Pescador de Islandia

La 8.^a mujer de Barba Azul

*El Beso de la Victoria o La
Corte de Luis XV*

Próximamente: *El proceso de Nancy Preston*

SIEMPRE LO MEJOR DE LO MEJOR

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN